

erotiKa

Vol. I

Por Antoine Vargas

Confesiones reales. Deseo auténtico.
Historias para adultos.

15

historias sensuales. Una sola verdad: El deseo
empieza donde termina el miedo.

Disfruta la lectura...

*La mayoría de estas historias fueron inspiradas
por personas reales.*

*Por confesiones íntimas. Por recuerdos susurrados al oído.
Por momentos vividos —algunos hace años, otros apenas el
mes pasado.*

*Hoy se visten de ficción, pero su verdad permanece.
Porque el deseo, como las buenas historias, vive entre todos
nosotros... y nunca miente.*

No escribí para escandalizar. Escribí para provocar.

Para tocar el alma... y quizás también la piel.

*Para mostrar que esto —sí, esto—
le puede pasar a cualquiera lo suficientemente valiente como
para decir que sí.*

*Espero, querido lector, que disfrutes estas páginas tanto
como yo disfruté recogerlas, imaginarlas y escribirlas, una
por una, con el corazón abierto.*

Gracias por atreverte conmigo.

— Antoine Vargas

Tabla de contenido

Disfruta la lectura.....	
1. Asanas	1
2. Primero yo	7
3. Un rosado	15
4. Sudor y deseo	21
5. El Maestro	27
6. La mariposa	41
7. La tormenta – Parte 1 (Elena)	53
8. El regalo de mí misma	61
9. La tormenta – Parte 2 (Alex)	73
10. Joe el Taxista	81
11. Un masaje extra	89
12. Alejandra y la Apuesta	97
13. Refugio del bosque	109
14. Roomies	117
15. El pacto	131

12. Alejandra y la Apuesta

— *Por Antoine Vargas*

Alejandra ajustó una última vez su vestido negro frente al espejo del hotel. Su reflejo le devolvía la imagen de una mujer irresistible: su piel suave y dorada brillaba bajo las luces tenues, sus rizos enmarcaban perfectamente su rostro, y sus labios, pintados de un rojo audaz, estaban listos para susurrar palabras prohibidas. Había pasado una eternidad arreglándose bajo la mirada intensa de Patricio, su esposo, quien la había observado en silencio, dividido entre la admiración y la inquietud.

Se miró una última vez en el espejo, con la mano temblorosa al acomodar un rizo rebelde de su cabello. Se había arreglado como nunca antes. No solo para ese hombre que apenas conocía por algunos mensajes y fotos, sino para ella misma, para redescubrir ese poder que a veces sentía haber olvidado. Sin embargo, en el fondo de sus ojos oscuros, una tormenta se desataba: un miedo visceral y un deseo ardiente, entrelazados íntimamente.

Desde que se atrevió a hablar de esta fantasía con Patricio, Alejandra oscilaba entre la emoción de vivirla y el temor de disfrutarla demasiado. ¿Y si despertaba en ella deseos imposibles de contener? ¿Y si ese viaje marcaba un punto sin retorno? La idea la asustaba tanto como la atraía de manera irresistible. Pero había

algo más, una frustración silenciosa que nunca se había atrevido a nombrar: no quería ser dada por sentada.

Alejandra, con su temperamento apasionado de mujer mexicana, necesitaba sentir que era deseada cada día, que era única e irremplazable. Este fantasma también era un desafío para su esposo, quien no creía que ella fuera capaz de hacer algo así, y mucho menos que otro hombre pudiera hacerla llegar al clímax. Patricio se jactaba de ser el único capaz de darle tanto placer. Al final, también era una forma para esta esposa modelo y fiel de sacudir su rutina, superar los límites de su relación y sorprender a su marido que dudaba de ella.

Este viaje a Miami lo cambiaba todo. No era solo un vuelo hacia otra ciudad, sino un salto a lo desconocido. La idea de una experiencia tan audaz, que desafiaba todas sus costumbres, flotaba en el aire como un perfume embriagador.

En el avión entre Cancún y Miami, un silencio inusual reinaba entre ellos. El paisaje luminoso de México se alejaba poco a poco, reemplazado por el infinito azul del cielo. Alejandra miraba por la ventanilla, pero sus pensamientos giraban en círculos. Estaba dividida entre la culpa heredada de su estricta educación católica y la emoción de descubrir una faceta de sí misma que nunca había explorado.

Le costaba creer que realmente fueran a hacerlo. Al mismo tiempo, se daba aún la libertad de huir en el último instante. Patricio, por su parte, lanzaba miradas furtivas en su dirección, buscando pistas en su expresión. Ese viaje no era solo un desplazamiento físico: era un salto al vacío, una puerta que estaban a punto de cruzar juntos, pero con riesgos que no podían medir completamente.

Patricio no era un hombre que se tambaleara fácilmente. Su naturaleza dominante se manifestaba en todos los aspectos de

su relación: las decisiones cotidianas, los momentos íntimos o incluso las discusiones. Le gustaba tener el control en la cama, no con palabras autoritarias, sino con su presencia imponente y su carisma natural. Esa dominancia solía agraderle a Alejandra, a menudo la hacía sentir segura, pero a veces pesaba sobre ella, un peso que no sabía cómo aliviar sin romper el delicado equilibrio de su unión.

Tenían una regla fundamental en lo que respectaba a la intimidad: ninguno de los dos podía negarse a un encuentro sexual con el otro. Una regla que parecía justa en apariencia, pero que, en la práctica, casi siempre favorecía a Patricio. Él marcaba el ritmo, el momento, la duración. Alejandra disfrutaba, claro, pero no era la dueña de esos momentos. Las pocas veces que ella ejercía ese derecho, solía ser para captar su atención o para afirmar su deseo en un gesto de rebeldía discreta.

Sin embargo, al borde de vivir esta experiencia inédita, un pensamiento fugaz, casi subversivo, se deslizó en la mente de Alejandra. ¿Y si, durante unas horas, pudiera invertir esa dinámica? ¿Si pudiera permitirse decidir, tomar, probar una libertad que nunca había osado reclamar? ¿Y si ese fantasía que le parecía impensable, contenida por sus límites morales y su miedo al juicio, se transformara de pronto en una oportunidad para redefinir los contornos de su relación?

Para Patricio, no se trataba de un acto de sumisión. Al contrario, lo veía como una prueba de su control. Era él quien había dicho que sí, aunque en el fondo, una pequeña voz le susurraba que estaba jugando con fuerzas que no controlaba del todo.

Ahora, en ese hotel de Miami, mientras la observaba ajustar su vestido frente al espejo, sentía una tensión que nunca antes había experimentado. Alejandra ya no era solo su esposa, su compañera

fiel y apasionada. Era un enigma, una mujer que se le escapaba por un instante, y eso lo excitaba tanto como lo aterrizzaba.

Patricio, europeo de origen, tenía una perspectiva diferente sobre las relaciones. Sus experiencias pasadas habían estado marcadas por cierta apertura, pero también por el desgaste que a veces trae la vida en pareja. Esta idea de invitar a otro hombre a su intimidad lo excitaba tanto como lo desestabilizaba. Sin embargo, sabía que lo hacía tanto por Alejandra como por él mismo.

En el ascensor del hotel que los conducía al encuentro con su potencial amante, la tensión sexual alcanzó su punto máximo.

— ¿Qué pasa si le pruebo el gusto y quiero intentarlo otra vez?

Patricio sonrió. “Es poco probable”, pensó. Alejandra, vestida con un sencillo vestido negro que resaltaba sus curvas, estaba resplandeciente y provocativa. Patricio no podía apartar la mirada de sus piernas cruzadas ni de la forma en que el escote dejaba entrever la promesa de su piel. El reducido espacio del ascensor parecía amplificar su perfume y el calor de su cuerpo.

Sin pensarlo, Patricio se acercó a su esposa, la tomó por la cintura y la atrajo hacia él con una urgencia que no había mostrado en meses. Sus labios rozaron los de Alejandra, pero ella lo detuvo, colocando un dedo sobre sus labios.

— Ni lo pienses, cariño. Esto no es para ti.

La pareja no había hecho el amor en más de dos semanas. Era una exigencia de Alejandra, quien quería poner todas las probabilidades de su lado. Sus palabras fueron como una bofetada. Patricio sintió una mezcla de frustración y deseo incontrolable, sabiendo que esa contención no hacía más que intensificar la excitación que crecía justo antes del encuentro con el desconocido.

Al llegar al bar del hotel, la tensión había aumentado aún más. Alejandra desempeñaba su papel a la perfección: una sonrisa discreta pero segura, una mirada que parecía bailar y esa mezcla irresistible de audacia y contención. Llegó radiante, aunque un poco nerviosa.

Diego, el hombre que había elegido con la complicidad de “su” esposo, era un hombre elegante de unos cuarenta años, con las sienes ligeramente canosas y una sonrisa confiada. Se levantó para recibirla. No era tan fotogénico como en las fotos que habían intercambiado, pero su porte lo compensaba con creces. Patricio permaneció a cierta distancia, jugando su rol de observador. Sin embargo, su mirada no se despegaba de su esposa, quien avanzaba con una sensualidad natural, envuelta en su vestido que dejaba adivinar sus curvas perfectas.

Los vasos de mezcal se sucedían, liberando poco a poco las inhibiciones. Alejandra reía, coqueteaba, jugaba con las miradas de Diego. Cuando él puso su mano sobre su rodilla, un escalofrío recorrió su cuerpo. Ya no era la mujer recatada y devota que siempre había sido. Esa noche, se sentía simplemente mujer: deseada y deseable.

Patricio, sentado algo apartado, observaba. Cada gesto, cada sonrisa de su esposa, era como un golpe de electricidad en sus venas. Ver a Alejandra en ese papel de seductora, radiante y segura, despertaba en él una extraña mezcla de celos y temor, una sensación desconocida. Pero detrás de ese miedo, crecía una excitación incontrolable: quería ver hasta dónde llegaría ella, hasta dónde llegarían “ellos”, y qué cambiaría para ambos.

Entonces, la tensión subió un nivel más. Alejandra giró hacia su esposo, buscando brevemente su mirada, como pidiéndole su aprobación. Él asintió levemente, con el corazón latiendo tan fuerte que sentía que ella podría escucharlo.

La subida a la habitación fue una mezcla de nerviosismo y anticipación. Alejandra sintió que sus piernas flaqueaban ligeramente. Estaba a punto de cruzar un límite que siempre se había negado a considerar, y sin embargo, una parte de ella lo deseaba con todas sus fuerzas.

Cuando las puertas del elevador se cerraron, Alejandra sintió que su corazón se aceleraba. Diego, sin perder un segundo, se acercó a ella, presionándola suavemente contra la pared. No era una agresión, sino la afirmación silenciosa de su ardiente deseo por la hermosa mexicana, quien de repente se encontraba atrapada en una excitación que superaba sus expectativas más atrevidas.

Sus labios se rozaron varias veces, creando una tensión casi insoportable. Alejandra podía sentir el calor de su aliento, cada milímetro que separaba sus bocas era como una invitación tácita. La anticipación era embriagadora, un cóctel de deseo y temor que la hacía temblar ligeramente. Diego deslizó su muslo entre las piernas de Alejandra, y cuando alcanzó el calor de su sexo, todo el cuerpo de ella vibró ante este desconocido, este hombre al que poco a poco le cedía el control de la noche.

Quería ser tomada, ahí mismo, sin esperar más. Ese deseo primitivo la sorprendía tanto como la incendiaba. Era como si años de contención y conformidad estallaran en un solo instante. Diego pareció entenderlo, y cuando sus labios finalmente se encontraron, fue como una descarga eléctrica, un beso profundo y apasionado que hacía que todo lo demás se desvaneciera.

Pero el elevador se detuvo de repente. Las puertas se abrieron para dejar entrar a otros pasajeros. Alejandra y Diego se separaron, intentando recuperar el aliento. Ella desvió la mirada, su corazón latiendo con fuerza, pero su mente seguía atrapada en ese instante. Los pocos pisos que los separaban de la habitación parecieron